proletarios, en su mayor parte profanadores del día del Señor por el trabajo y por los placeres mundanos del *domingo*, particularmente de los *Trenes de placer*.

«Hemos observado, dice el *Echo de Furvieres* de 1871, que la mayor parte de los accidentes en los ferrocarriles han sucedido en los domingos. Sentimos no haber conservado las fechas, y no saber por qué medio podríamos encontrarlas: pero estamos seguros de que no nos equivocamos manteniendo nuestra aserción.

En domingo sucedió la terrible catástrofe de la línea de Versalles, en la que muchos centenares de personas fueron quemadas vivas, y cuya memoria se recuerda por una capillita dedicada á Nuestra Señora de las Llamas.

El domingo 1.º de Marzo de 1846 fué señalado por el choque de dos trenes que causó un gran número de víctimas en la línea de Lyon á San Esteban.

En domingo aconteció, hace algunos años, el lamentable accidente de la Fouillouse.

En domingo, 5 de Febrero último, fué la espantosa catástrofe de la vía de Marsella á Tolón, entre Bondel y San Nazario, que causó más de cien muertos.

Regístrense los archivos de los ferronarriles en estos últimos veinte años, y se verá si faltamos á la verdad en nuestra observación. No hablaremos de la catástrofe de la *Mouche*, en la Saone, del hundimiento del puente acueducto de Perrache y de otros muchos accidentes en domingo, cuyo catálogo sería pasmoso, si no hubiésemos descuidado el registrarlos. Nos remitimos en este punto á las investigaciones de aquellos de nuestros lectores que tengan más tiempo y paciencia que nosotros.

Desde el origen de la desgraciada guerra que nos regaló el imperio, ¿no se ha notado que las malas noticias caían sobre nosotros como un rayo casi siempre en domingo?»

M. Ernesto Hello describe elecuentemente esos funestos rayos del domingo en el *Día del Señor* (1), diciendo:

«La Francia hace ya muchos años que está dando el escandaloso ejemplo de la profanación del día del *Domingo*, y el *Domingo* es el que Dios ha escogido para imponerle un aviso estrepitoso. Así es que, considerando los principales sucesos ocurridos en Francia desde el principio de la guerra con Pru-

(1) Un volum. en 18, lib. de V. Palmé.

sia, hemos comprobado estas raras y casi increíbles coincidencias.

1870.—Efectivamente, el *Domingo*, 7 de Agosto es cuando supimos las derrotas de Reischoffen y de Forbach, la proclamación de la Emperatriz, que reclamaba de todos los buenos ciudadanos la manutención del orden en París.

El *Domingo*, 14 de Agosto (1), dejó el Emperador en Metz al ejército, dirigiéndole su última proclama.

El *Domingo*, 4 de Septiembre, supimos la capitulación de Sedán y la proclamación de la República.

El *Domingo*, 18 de Septiembre, se instituyó la *Comisión de las barricadas* con Rochefort por presidente, y se celebró la entrevista de Julio Faure y de Bismarck en Ferriéres.

El *Domingo*, 2 de Octubre, se nos anunció la rendición de Estrasburgo.

El *Domingo*, 16 de Octubre, nos dió Thiers la noticia cierta de la rendición de Metz y de la toma del Bourguet por los prusianos.

El *Domingo*, 6 de Noviembre, anunció el gobierno de la defensa nacional que desechaba el armisticio propuesto por los prusianos.

El *Domingo*, 27 de Noviembre, tuvo lugar la capitulación de la Fere.

El *Domingo*, 4 de Diciembre, se empeñó la batalla de Cheville, y entró en Orleans el príncipe Federico Carlos.

El *Domingo*, 18 de Diciembre, se tuvo la batalla de Nuits.

1871.—En el *Domingo*, 1.º de Enero, anunció el gobierno de la defensa nacional que perseveraba á todo trance en la resistencia.

El *Domingo*, 8 de Enero, llegó el bombardeo en París á los barrios de la orilla izquierda.

El *Domingo*, 22 de Enero, se hizo una manifestación en la casa de la Villa, en París.

El *Domingo*, 29 de Enero, fueron ocupados por los prusianos los fuertes de París.

El *Domingo*, 26 de Febrero, se firmaron los preliminares de paz en Versalles, y anunció el ministro que una parte del ejército prusiano entraría en París.

El *Domingo*, 19 de Marzo, se apoderó de la casa de la Villa el *Comité central de la guardia nacional*, retirándose el gobierno á Versalles.

El *Domingo*, 26 de Marzo, fué elegida la *Communne* de París.

---

(1) Era la víspera del Santo de Napoleón... en las vísperas se felicitan en Francia los días de los grandes. ¡Qué fiesta!

El *Domingo*, 2 de Abril, tuvo lugar el primer encuentro en Neuilly entre el ejército de Versalles y las tropas de la *Communne*.

El *Domingo*, 21 de Mayo, forzó las puertas de París el ejército de Versalles.

El *Domingo*, 4 de Junio, se abrieron las conferencias de Francfort entre los plenipotenciarios franceses y prusianos.

¿Esto es claro?»

¡Y tan claro! Sin embargo, los hombres cierran los ojos á tanta luz y se burlan impíamente de los que creemos en el providencialismo de estas *coincidencias;* y lo que es más doloroso, millares y más millares de los que blasonan de católicos hacen coro á las blasfemias de tales incrédulos. ¡Y se figuran unos y otros que Dios no se ha de tomar terrible venganza de tanta impiedad y de ceguera tanta!

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1902).

IV

Fe, superstición y periodismo.

Credulidad de los incrédulos.

Parece contradicción, pero es un hecho muy común: cuanto menos se cree con fe católica, más se cree con fe supersticiosa, por regla genetal.

El hombre es creyente por naturaleza: si no cree en Dios, creerá en los hados, en brujas y duendes, en fetiches y manes, en hechizos y agüeros, en amuletos y talismanes, en magias y mil y mil sandeces y estulticias.

Los que desprecian la ciencia médica, suelen parar en manos de un curandero. Los burladores del profeta se inclinan ante el mago.

Napoleón no creía en profetas mucho que digamos, y creyó á la sedicente sibila, madamisela Lenormand. Saúl menospreció á los profetas de Israel, y consultó á la pitonisa de Endor.

En París hay algún millón de incrédulos en la fe católica, y éstos reciben como indudables dogmas los oráculos de todas las Thebes y Couedons, esto es, de todas las agoreras, cartomancistas, visionarias, telepáticas, aerománticas, pirománticas, quirománticas, etc., etc.

Centenares de despreocupados,—yo mismo conozco algunos,—que hacen befa de los milagros de Lourdes y desprecian á los que creen en apariciones y milagros, han ido con el alma más bonachona y crédula del mundo á Tilly, donde el demonio se aparecía á varios personas en figura de virgen.

Y no es extraño, pues en el mismo Tilly estableció Vintras su *religión* y su *papado*, que fueron abrazados con ardor por quienes no creían en el Papa ni en nada de la Religión Católica.

Así las circunstancias presentes han hecho aparecer entre nosotros muchos que se tienen á menos de creer en profecías auténticas y venerables, y esos mismos creen á cualquier profetastro de almanaque, y se asustan del número trece y de acometer empresa alguna en viernes ó en martes.

Bajo el epígrafe de *Brujerías modernas*, leemos:

«Podrá parecer mentira, pero es verdad que en pleno siglo XX se rinde culto á los agüeros y hechicerías, á pesar de la tan decantada civilización de que disfrutamos.

En la cárcel de Ginebra, celda número 83 del primer piso, está encerrado Lucheni, el asesino de la emperatriz Isabel de Austria, y este criminal ha venido á ser una especie de fetiche para los muchos ingleses y americanos que van como turistas á Ginebra. Asegúrase que la mayor parte de estos veraneantes compran el retrato de Lucheni; le cortan la cabeza y la meten en su portamonedas ó en un medallón, porque pretenden que esto da buena suerte.

Ingleses y americanos, los pueblos más *civilizados* y ¡en pleno siglo XX! ¿No es verdad que parece mentira?».

Pues en Francia son tan corrientes todas las supersticiones de ese género, que duda uno si hay en el mundo un pueblo más supersticioso que aquél. La cuerda del ahorcado, por ejemplo, servirá allí de preciso amuleto al setenta por ciento de los que no tienen fe.

Y si queréis saber lo que concede á los fetiches ó figuritas de cerdos, micos, murciélagos, etc., id á los almacenes del *Louvre* y del *Bon Marché*, v. gr., y preguntadles si es verdad que los venden á millones para alfileres, imperdibles, colgantes y demás.

Estas y otras necedades van pasando á España, casi en forma de religión, pues aquí hay grandes *recuas* de hombres que se van con cualquier arriero, con tal que eche sus *arres* en francés.

Y si les habláis de profecías, os llamarán mentecato, visionario, iluso y barrenado de cascos... Es como si la sabandija arguyese de rastrera al águila.

Los treces.

Con el título de *Los treces regios* publicaba hace algunos meses lo siguiente *El Mercantil Valenciano*, diario librepensador:

«Murmuran palaciegas aristocracias que el rey es un TRECE entre los Alfonsos; que su reinado comienza bajo la tiara pontifical de un León TRECE; que el primer presupuesto nacional á sancionarse por el augusto joven corresponde al año 1903, cuyos números sumados componen TRECE; que TRECE son las letras de Práxedes Mateo (a) Sagasta, el primer consejero responsable de la Corona; que TRECE son las letras del supremo amo *Banco de España*, siempre vencedor en los negocios del Estado y de todo el país, y que TRECE también suman las letras de Pascual Bailón, santo del día 17 de Mayo en que juró la Constitución el regio biznieto de María Cristina: ¡otro TRECE!

Más TRECES.—«Fiestas reales».—«Jaleo palatino».—«Pascua florida».—«María Cristina» (reina, madre y regente). «Isabel segunda» (ex-reina abuela).—«José Canalejas» (ministro de cuatro fomentos y verbo de hondos problemas sociales).—«Poncio Barroso» (rector de todas las policías cortesanas).—«Prior Aguilera» (supremo consistorial de Madrid). —«Cardenal Sancha» (metropolitano de la diócesis).— «Obispo Cardona» (vicario castrense y del Palacio real).— «General Weyler» (el que manda las tropas).—«Veragua marino» (burócrata capitán de las escuadras y tonto de nacimiento).

¡EL TRECE!

¡Señor, aparta de mi vista ese número fatal!

Aquí sí que viene bien lo de «lagarto, lagarto».

¿Qué más lagarto, republicano colega, que el del incrédulo ó librepensador que no teme las iras de Dios y teme la supuesta fatalidad del número trece?

¡Y vaya si creen en la acción fatal del trece los que no creen ni siquiera en el número trino y uno de la Trinidad Beatísima!

Conocí en París á una dama linajuda que iba á misa alguna vez y comulgaba alguna otra, aunque fuera dos horas después de salir de un baile de máscaras: era «católica» con la misma fe con que un chino es budhista y un turco es mahometano; es decir, con esa fe que hoy tienen algunos millones de «católicos», ó así llamados.

En virtud de tal fe, la dama aquella no iba á misa ni comulgaba por espíritu de religión, sino de verdadera superstición; así es que creía unos dogmas católicos y otros no, y hacía buenas migas con librepensadores y otros bípedos.

Dió un día un banquete á doce amigos, que con ella y su hijo formaban catorce comensales; mas no pudo asistir uno de los invitados, y quedaron trece. ¡Número fatal!

Notólo uno de ellos, librepensador de los menos pensadores ó más irracionales, y lo advirtió á la dama. Al punto se levantó ésta, pálida de sobresalto, y rogó por favor que tuviese alguno la amabilidad de retirarse, pues de lo contrario, alguno de los trece moriría antes del año.

Retiróse uno, pretextando que le venía bien por hallarse mal del estómago, y el banquete se celebró por los doce con derroches de caballeroso buen humor.

Y sucedió que, antes del año, el librepensador y la dama habían muerto, ella de una borrachera y él de apoplegía. ¡Si llegan á ser trece, mueren todos!

Influencia de números y nombres.

Las combinaciones numéricas de donde, al parecer, se deduce la fatalidad de algún número para ciertos casos ó personas, no pasan de ser curiosidades, en cuanto guarismos, números ó cantidades aritméticas.

Creer que el número ó guarismo en sí tienen alguna virtud para hacer ó deshacer, es una de las mayores necedades humanas, equivalente á la de creer que el curandero Embaucatontos, pongamos por caso, cura todos los males por virtud de unas palabras misteriosas que *aplica* á los pacientes.

Cuando en las palabras ó en los números se descubre alguna misteriosa influencia cuya causa no comprendemos, no es porque en lo material de unos ni de otras haya tal virtud, sino porque tienen íntima relación con secretas disposiciones de la Providencia divina; y en estas disposiciones está la virtud, no en palabras ni en números, que son meras señales por donde se nos manifiesta la existencia de dichas disposiciones divinas.

El número siete, v. gr., número apocalíptico y tal vez el más misterioso, no tiene en sí más ni menos eficacia que cualquiera de los otros; tiene su valor matemático y nada más. Pero habiendo dispuesto la divina Providencia tantas cosas y acontecimientos que se cuentan por siete, parécenos un número de influencia extraordinaria.

El valor está en las cosas mismas contadas por siete, no en el siete, que es una particular manifestación de ellas.

Sólo en este concepto puede hablarse ortodoxamente de la influencia de los números, días, nombres, etcétera, y sólo en el mismo concepto nos ocupamos de ellos. Lo demás es superstición.

Si alguna eficacia ó valor por ejemplo, tiene un retrato, no es por el papel ni por la figura, sino por lo que representa: el retrato es una manifestación de la persona, y ésta es la que influye, no lo material de aquél.

Esto es clarísimo para todo católico; sólo los incrédulos lo ven turbio, hasta el extremo de creer atolondradamente, como los niños en el *bú*, en la

influencia directa y fatal que á los treces, los martes y otras hierbas se atribuye, así como en amuletos, agüeros, hechicerías, trasmigración de espíritus y demás aberraciones de la fe innata en el hombre.

A cuento vienen unos párrafos que leí en *La Libre Parole* correspondiente al 18 de Noviembre de 1902: hasta las cosas más serias tienen su lado bufo. Con perdón de nuestros lectores traducimos:

«*Números y nombres fatídicos.*—Hay cifras fatídicas. Sabido es, por ejemplo, que M. Loubet, donde quiera que vaya ó cualquier cosa que haga, es perseguido por el número 104. Hasta cuando va á Montelimar (su pueblo natal), lo encuentra allí, porque Montelimar es la estación 104.ª de la línea, desde París; por lo cual, sabe Dios cuántas precauciones toma Loubet para librarse de las influencias de ese número. A tal punto llega su miedo, que de todos los regimientos acuartelados en París, el 104.º es el único que no hace jamás guardia en el palacio del Elíseo.

»Asimismo parece que hay nombres fatídicos. ¿Será de éstos el nombre *Merdes?* En todo caso, parece como que el tal nombre quiera adherirse al de Combes, así como el número 104 va adherido al de Loubet. Con este motivo, un lector nos ruega que miremos la página 703 del *Annuaire de l'Algerie;* y en efecto, en la nomenclatura de los pueblos del distrito de Bona, hallamos al principio de la tercera columna: **Combes** *(centro). Nombre antiguo:* **Merdes.** *Á 35 kilómetros de Bona.*

Me diréis que esto prueba poco, y os lo concedo; pero no deja de ser chusca la irónica fatalidad que une estos dos nombres, y que por cierto no huelen bien».

Pues tanto y más ridículo y mal oliente que esos nombres, tanto y más pueril y supersticioso que el miedo de Loubet al 104, es la estupidísima superstición que á falta de fe religiosa tienen los deístas en general, cuidándose más de la influencia de números y nombres que de los rayos de la divina cólera.

Adivinos y Profetas.

La gentilidad perdió la fe en el Dios único, y creyó en Júpiter, Venus, Baco y demás diablos mitológicos, y en Egipto adoró hasta los ajos y cebollas.

Ni más ni menos hacen los incrédulos de nuestros días. *Posuerunt in coelum os suum, et lingua eorum transivit in terra*; esto es, ponen su boca en el cielo, y con su lengua lamen la tierra; no creen en Dios y creen en la astrología judiciaria.

Así hay no pocos católicos que dan fe, no diré á cualquier palabrero metido expresamente á pronosticar embustes, pero sí á cualquier primate de la política aficionado á forjar calendarios futuros. En ese particular, cualquier Romero Robledo ó Canalejas tiene para ellos más autoridad que un Santo inspirado por Dios.

He aquí lo que, á este propósito, dijo un colega «muy católico» á 14 de Noviembre de 1902:

«Una de las obligaciones elementales del periodista, ó, mejor dicho, una de las prendas que más se aprecian en su oficio, es el arte de adivinar las cosas futuras, y decimos arte, porque aquí es claro que no se trata del don de profecía, que es sobrenatural y más raro que el de milagros y otros divinos.

Pero hay un arte humano, ó la posibilidad, por lo menos, de ese arte, y que, si no exactos, pueden tener efectos muy aproximados á la verdad. El médico, una vez formulado el diagnóstico de la dolencia, formula su pronóstico y no siempre se equivoca en éste. Del mismo modo el político, considerando los sucesos que se van desarrollando á su vista, pronostica lo que sucederá en lo futuro, y no suele acertar menos que el médico en sus vaticinios.

Lo que el político digno de este nombre hace con la política en grande, es lo que se pide al periodista fino y perspicaz respecto de la política menuda. Comentar lo que sucedió ayer, eso lo hace cualquiera en el oficio; adivinar lo que sucederá mañana, eso es lo que verdaderamente acredita.

En días de crisis, sobre todo, ¡qué apreciada es esa facultad! ¡Cuánto vale un periodista adivinador!»

Vale harto más que un profeta para la turba multa de católicos chirles que tan superficialmente miran las cosas; vale para ellos mucho más que el político genuinamente católico y acostumbrado á examinar las crisis de los pueblos á la luz de la filosofía por que se rige el Gobierno de la divina Providencia; y ese

político católico sabe cierto una cosa de las muchas que aquéllos ignoran, esto es, que el don de profecía no es «más raro que el de milagro», sino menos raro, ó sea más abundante, más frecuente.

«¡Cuánto vale un periodista adivinador!» ¿De qué vale si adivina que mañana Silvela no tendrá ministerio y al fin habrá de formarlo tan baladí como siempre? ¿Es esa adivinanza la solución de algún grave problema social ó científico, ó de algo que interese al mundo?

Pero... es verdad; vale tanto ese adivinador, que si un hermano Buenaventura, inspirado por Dios, acude á Roma para vaticinar en público el fin de la política de Julio II, se le mete en la cárcel, porque los políticos adivinos vaticinan lo contrario.

En fin, que hasta los tenidos hoy por mejores católicos, no creyendo en profetas porque les parecen muy *raros*, creen en periodistas adivinadores, á quienes conceden gran valor y miran con asombro; y por no dar importancia á los que pronostican fundados en la filosofía del Gobierno divino, danla á los que pronostican fundados en la política del gobierno humano. Y así andamos de lucidos.

Los mismos y el Gran Monarca.

Mas toda vez que es ley moderna dar más fe á los periodistas adivinadores que á los profetas inspirados, ¿por qué no han de ser éstos creídos, cuando de siglos atrás anunciaron lo que ahora ven venir los periodistas adivinadores? El que en éstos fía y en profetas no, ¿por qué razón no ha de admitir lo que unos y otros anuncian acordes? ¿Por ventura la previsión de los políticos, que aun siendo recta es de mera conjetura fundada en la filosofía y en la historia, es buena por sí sola y no cuando la confirma una profecía secular fundada en la inspiración de Dios?

Responden algunos superficiales que no consta si tales ó cuales profecías son inspiradas por Dios. Cierto que de algunas no consta; pero consta de muchas. Pues ¿dónde están éstas cuya inspiración consta, sino entre las conocidas y divulgadas, tanto del Canon bíblico como de las posteriores á él? ¿Hay otras por ventura? ¿Cuáles son, si las hay?

Ahora bien; ¿no dicen varias de esas profecías muy claro lo que los «periodistas adivinadores» anuncian algo turbio, porque la deducción filosófica sólo vislumbra entre cercanas sombras lo que el profeta ve con toda claridad á través de los siglos? Y aun tratándose de profecías respetables, pero cuya inspiración no consta, ¿no merecen fe cuando los acontecimientos presentes hacen prever á los buenos políticos otros acontecimientos inmediatos anunciados mucho antes por aquellas profecías?

Nuestra generación rastrera, abotargada por la soberbia de su ilustración superficial, viciada por la plaga de sabidillos y enseñada á menospreciar á los sabios, deísta ó indiferente cuando no es atea, da más autoridad al político porque le habla en su lengua, que al profeta porque le habla en la de Dios; y aun prefiriendo al político, si tiene éste la *desgracia* de que un profeta viera un siglo atrás lo que él ve ahora, pierde mucho de su autoridad. ¿Puede darse moralmente aberración más descomunal?

Ahí tenéis las profecías bíblicas y no bíblicas sobre el Gran Monarca: ahí tenéis las luminosísimas ilustraciones de los expositores y exégetas sobre lo mismo: ¿quién las cree? ¿No son profecías? Pues con eso está dicho todo: no merecen atención.

¡Si eso que anuncian los profetas lo anunciasen los «periodistas adivinadores» ó los políticos previsores...! Algo les perjudicaría coincidir con los profetas; pero, en fin, asegurándolo ellos, ya no va descaminado el que les cree. ¿No es eso?...

Pues bien; la próxima venida del Gran Monarca, désele este nombre profético ú otro cualquiera político, no es ya predicción de solos profetas, es también de políticos y periodistas. Apenas se hallará actualmente en los pueblos latinos un solo buen estadista, publicista ó político, que no negando el Gobierno de la divina Providencia, no convenga en que se impone por todos conceptos la venida de un hombre que salve á dichos pueblos en el día del inminente y fatal cataclismo. De este común sentir de los hombres previsores hemos citado multitud de testimonios. Añadamos uno más: el testimonio del previsor Eduardo Drumont, que en el citado número de su *Libre Parole* decía:

«Para que la elección de Jefe del Estado hecha por el pueblo ejerciera una verdadera influencia en los destinos del país, sería menester que surgiese de repente un hombre marcado con el signo de los jefes.

»Este hombre, para dominar, no habría menester que la Constitución fuese revisada; él mismo la revisaría, como Bonaparte revisó la Constitución que le estorbaba. El plebiscito, para este hombre, no sería más que la ratificación de un hecho consumado».

Pero lícito y santamente consumado, como será el triunfo del hombre que todos esperan, y cuya ratificación por un plebiscito libérrimo anunció *Luz Católica* mucho antes que Drumont, tanto para Francia como para España.

Ahí está, pues, el testimonio de los periodistas adivinadores, coincidiendo con lo que anuncian los profetas desde hace más de dos mil años. El que no crea á los profetas, habrá de creer á los políticos; y si no cree á unos ni otros, es que seguramente halla bueno el estado actual de cosas, y por tanto innecesaria la venida de un salvador; y en ese caso, ponga en cura su juicio, porque lo tiene enfermo; y para curarlo mejor, vea de no ponerse bajo la influencia fatal de números y nombres, en que sin duda cree quien de tal modo ve las cosas.

Por lo demás, un capítulo entero hemos de consagrar más abajo al testimonio de los periodistas adivinadores.

Al fatalismo.

El parecer de periodistas y políticos, coincidiendo con las afirmaciones de los profetas, es muy de tener en cuenta, es fuerte y estable como una demostración; pero aislado vale muy poco, vale generalmente nada, en casos como el que estudiamos.

Aislados y con las ínfulas que hoy se estilan y el deísmo que tantos estragos hace en la fe de los dedicados á estudiar la marcha de los acontecimientos políticos, valen tanto, á fe mía, los periodistas *adivinadores* y sus panegiristas aduladores, valen tanto los católicos pintojos que fian en políticos paradojos, que por culpa de unos y otros va corriendo la sociedad al fatalismo, y por consiguiente al deísmo que es un fatalismo disfrazado.

Aun se habla mucho de la Providencia de Dios; pero el ochenta por ciento de los que dicen creer en ella, viven y obran como si realmente no existiera. En esta revista lo hemos demostrado algunas veces, citando hechos y doctrinas de hombres que pasan por muy católicos.

Confiesan la divina providencia con los labios; mas si atendéis á sus obras, éstas os dirán lo que condenó el Deuteronomio: «*Fortitudo mea, et robur manus meae, haec omnia mihi praestiterunt.* Mi fuerza y la robustez de mi brazo me granjearon todas estas cosas».

¿Qué se seguirá de esa política inspirada en el deísmo, sino que muchos «católicos» lo profesen por error y otros por contagio, unos y otros sin darse cuenta, y que se abra un ancho camino al fatalismo de los políticos incrédulos?

Viene al tema lo que nuestro estimado colega *El Heraldo Astorgano* escribió el mismo día que el

colega citado en el párrafo V. Decía bajo el título *La Política y la Mecánica:*

«He aquí dos ideas que siempre se han considerado como diametralmente contrarias; y sin embargo, muchos de nuestros estadistas y modernos sociólogos tratan de constituir á las leyes matemáticas, á la mecánica, en fuente de todo buen gobierno; han vuelto, sin darse cuenta, al fatalismo pagano y, como entonces, consultan los astros, las entrañas de las víctimas y tienen sus pitonisas.

Y aquí les había de arrastrar necesariamente esa filosofía y esa sociología puramente naturalista. Y ciertamente, el hombre que ha perdido la fe, y se ha encerrado dentro de lo que se ve y se palpa, el horizonte de sus conocimientos está limitado, como por un círculo de hierro, por los límites del espacio visible; este es la eterna morada de la naturaleza y de la humanidad; este es su sepulcro y la bóveda celeste su tapa.

Y como según ellos la humanidad no tiene otro fin distinto de la naturaleza, aquí están y viven compenetradas como un alma y un cuerpo; una vive para la otra recíprocamente; todo, pues, cuanto existe y puede existir según esta flamante ciencia, se reduce á ese grande ataúd de la naturaleza, que jemás se llenará, y á unos cuantos séres vivos que corren con la velocidad del tiempo á zambullirse en él: Comamos y bebamos, que mañana moriremos, dicen como Epicuro. . . .

Mas, como donde preside la ley matemática, la mecánica; donde hay ley irresistible y fatal, el Gobierno en su propio sentido no tiene lugar, no hace falta; ó cuando más, debe encomendarse á gente que entienda de matemáticas. Y por eso en España hemos estado tan bien gobernados».

Hemos estado y estamos y estaremos, mientras haya tantos «católicos» cuyas creencias tienen más de superstición que de fe, y cuyo providencialismo es más bien deísmo vergonzante, y cuya religión da más culto y crédito á políticos adivinos que á verdaderos providencialistas y profetas.

Hemos estado y estamos y estaremos, mientras haya tantos «católicos» que fíen más en la fuerza de las armas y en el número de los ejércitos que en la Providencia del Dios de los ejércitos.

No sólo los ateos y fatalistas quieren gobernar el mundo como si fuera una máquina, sino también muchos que ponen su boca católica en el cielo y arras-

tran su lengua política por la tierra. Son más matemáticos que creyentes. Número de hombres, número de fusiles, número de pesetas, número de qué se yo cuántas cosas, y número crecido, muy crecido, sin lo cual no fían en la Providencia aquella que dió tantas victorias á los caudillos de Israel y de la España de otros siglos.

Somos una máquina: mucha fuerza, mucho número de ruedas motoras, engranajes, correas, combustible y demás, y nuestra industria saldrá airosa, aunque Dios se quede allá en sus cielos. Eso vienen á decir.

¿Y así nos hemos de regenerar? ¿Hay hombre sensato que piense en defender la Fe con las armas, mientras haya tanto deísta vergonzante? Con las armas se vence los cuerpos; pero ¿y las almas? ¿y las doctrinas? ¿Qué victoria sería la de un ejército que las profesara tan perniciosas? ¿No sería más bien un castigo de Dios?

Compañeros, desengañaos. Antes de armar el ejército de la Cruz, sacad del error á los que deben formarlo; antes de librar batalla por el Dios de los ejércitos, procurad que todos los soldados crean en la Providencia del Dios de los ejércitos.

Evangelizad ahora y lucharéis después. Una vez que podáis formar un batallón de creyentes sin peros, de providencialistas rendidos, podréis conquistar el mundo. Primero predicad la Cruz, y después al servicio de la Cruz pondréis la espada. Debéis ser apóstoles y soldados.

Pero mientras andéis amalgamando la superstición y la fe, el providencialismo teórico y el deísmo práctico, y pongáis las matemáticas y la fuerza y el dinero á tanta altura como la religión y la protección divina, os perdéis y nos perdéis á todos.

(*Luz Católica*, núm. 113=4 Diciembre 1902).

El cataclismo se acerca.

Nos sale al paso uno de los periodistas adivinadores, antes de llegar al capítulo que vamos á consagrarles.

Un amigo ha tenido la atención de poner en nuestras manos el último número de un semanario local, sin duda para que viésemos cómo acuden las opiniones enemigas á confirmar las previsiones de *Luz Católica*, de las que tantas rechiflas se han hecho. Se juzga por la filosofía de la Providencia, se juzga por el texto de los profetas, y pasa por iluso y mentecato el que así juzga; pero luégo vienen los mismos que le llaman iluso, y dicen lo mismo que él ha dicho, bien que lo dicen *porque ese es su negro presentimiento* (textual), no porque tal filosofía ni tales profetas merezcan fe, á no ser algún Isaías.

Un profeta dijo hace trescientos años lo mismo que hoy dice un periodista porque los sucesos hablan: el periodista tiene razón; el profeta fué un iluso. ¡Tal es el criterio que hoy domina, hermanos! Pero, en fin, dejémoslo y copiemos estos párrafos del colega:

«La religión perseguida en su misma casa; apedreados y quemados algunos conventos; insultado y escarnecido el clero; decretada la expulsión de las congregaciones religiosas; consentida la horripilante blasfemia pública en papeluchos asquerosos y en libelos soeces; herido el pundonor y la honradez de la dama española con la sucia propaganda de libretos pornográficos.

Todavía presentimos todos mayores males y desgracias sin cuento. Y este presentimiento general en el que no discrepamos ni un ápice, tengamos estas ó las otras ideas, militemos en aquel ó en este campo político, es tan fuerte, tan unánime y universal, que llega á constituir criterio infalible de verdad...

Alfonso será coronado, reinará aunque sea poco; es necesario que así sea.

Después..... Después los transtornos, la desgracia, el mal, más colonias perdidas, la división de reinos, otra vez la

sangre, otra vez la peste, un liberalismo más práctico, la anarquía tal vez, la dictadura quizás, la usurpación y la ilegalidad cubriendo toda clase de crímenes y maldades... ¡el castigo!

La palabra de Dios ha de cumplirse; la señal de su cumplimiento está cercana...»

Perfectamente; y nosotros que en medio del arroyo nos abrazamos con nuestro mayor enemigo si el bien común nos lo aconseja, damos en este terreno la mano al colega, y prometemos conducirle, si el orgullito se lo consiente, á un campo donde hace no menos de veinticinco siglos que resuena la voz de un profeta, describiendo los tiempos que atravesamos y el próximo y efímero reinado de D. Alfonso, tal como lo prevé el colega.

En lo que éste no coincide con aquél es en el desenlace, porque el colega va á parar al triunfo del carlismo con D. Carlos, y el profeta al mismo triunfo sin D. Carlos. Necedad sería poner en duda cuál de los dos prevé bien.

El libro del profeta no es canónico todavía; pero sin duda llegará á serlo, y es ya de autoridad gravísima, como lo prueba el sencillo comentario de algunos de sus capítulos que hicimos en *Luz Católica*. Nos referimos al cuarto libro de Esdras.

(*Luz Católica*, núm. 80=17 Abril 1902).

CAPÍTULO VII

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN PERIODISTAS Y ORADORES.

CAPÍTULO VII

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN PERIODISTAS Y ORADORES

I

Se acerca el gran día.

Nuestro estado acfual.

Decíamos en el primer número de *Luz Católica:*

«Si no habéis reparado en los efectos de la maldición de Dios, esperad un poco y el cataclismo social os forzará á reparar, porque el torbellino de las iras de Dios va á destrozar muy pronto por nuestros pecados estas malditas sociedades modernas. ¿Os reís? También de Noé se reían sus contemporáneos... y vino el diluvio de agua, no tan horroroso como el que va á venir, que será de fuego y sangre».

¡Y vaya si se rieron de nosotros! Entonces nadie veía la catástrofe general que se nos viene encima; se nos trató de ilusos y visionarios; muchos periódicos católicos nos rechazaron y despreciaron; y hoy todos á una dicen lo que entonces dijimos y lo que desde entonces hasta hoy hemos repetido en todos los números de nuestro semanario.

Para edificación de nuestros lectores, no nos satisfaremos con los artículos que á los precedentes capítulos hemos tomado de varios periódicos, sino que recortaremos algo de lo que sobre el caso han dicho

estos días otros periódicos, valiéndonos solamente de los que tenemos más á mano, y así quedarán plenamente confirmadas por plumas ajenas las principales predicciones de *Luz Católica* y su providencialismo, al propio tiempo que daremos á los partidarios de los «periodistas adivinadores», de que arriba nos habló un colega, una prueba para éllos irrebatible, acerca de nuestra cuestión.

—«España se disuelve y con España Europa; á lo menos la Europa latina que con la luz del Evangelio recibió el cetro de la civilización.

Los últimos sucesos de Zaragoza y los que le han precedido y siguen en todas partes, revelan que se aproxima la hora de Dios, es decir, la hora de la justicia, porque «Dios es justicia y Dios no muere» y «cuando el hombre se agita Dios le guía».

Repetimos que Europa se disuelve; mas no con esto decimos que se extinga: de la Europa liberal fundida al fuego socialista y apartadas las escorias, renacerá la Europa cristiana sin mezcla de farsas y mentiras. Terrible será la prueba, pero el triunfo es seguro».—(*La Lectura Popular*, 1.° de Agosto).

—En la conciencia de todas las personas medianamente reflexivas se refleja el presentimiento de una catástrofe social más ó menos próxima. Al menos previsor se le viene á la memoria con insistencia la profética esclamación de Aparisi Guijarro lanzada en pleno Congreso poco antes de estallar la revolución de 1868.

«¡Esto se va! dijo, tomando el sombrero en ademán de despido. ¡Esto se va! repiten también en el momento presente todos los españoles que conservan el sentido común ó el sentido moral. Pero ¡cuán profunda es la diferencia del *esto se va* de ahora al *esto se va* de entonces!

En 1868 los revolucionarios españoles abrazaron á la Matrona España con el amor casto é inocentón del adolescente. En la revolución que con espanto se presiente, los revolucionarios se echarán sobre la Matrona que simboliza la madre Patria, con el amor libidinoso del libertino encanecido, que viola y extrangula. El movimiento de entonces apenas traspasó los umbrales de la región política. El que se ve venir, será esencialmente socialista y anárquico.

Todo ha de quedar envuelto, por más ó menos tiempo, en la confusión caótica que pugna, tiempo hace, para salirse de la región de las ideas y derramarse inundando el terreno

de los hechos y asfixiando á la vida social. Será la apoteosis de la civilización moderna».—(*La Verdad* de Tortosa, 10 de Agosto).

—«El satanismo levanta sus banderas; el Antecristo llama á las puertas del siglo XX..., apesta á petróleo, trae el puñal del asesino y la tea del incendiario, camina sobre máquinas de rotativos, va rodeando turbas fanatizadas, dejando, cual siniestras huellas de su paso, un rastro de estragos y ruinas, profanaciones y sacrilegios..., y, sin embargo, asegura que su misión es pacífica y que no va contra la Iglesia ni el culto.

Sí, como el lobo no va contra la oveja, ni el verdugo contra el bien, ni Satanás contra Dios».—(*El Triunfo*, 14 de Agosto).

—*El Pilar* ha reproducido muy oportunamente estas proféticas palabras del P. Ramiere, S. J.:

«No nos hagamos ilusiones; hace veinte años la sociedad llegó al borde del abismo, y entonces las masas no estaban tan profundamente corrompidas como lo están ahora. Desde aquella época la secta anticristiana ha trabajado con infernal actividad y perseverancia para acumular en las últimas capas de la sociedad inmensos tesoros de concupiscencia y rencores, y la negra humareda que de este volcán se escapa por los respiraderos que le ha abierto la ley sobre las reuniones públicas, nos permite apreciar de antemano los desastres que ocasionará su próxima erupción».

¿Qué hacemos?

«Tenemos en frente á nuestros enemigos organizados para la lucha, desplegando sus huestes en orden de combate, laborando por su causa á grito pelado y á pleno pulmón, enardeciendo á sus masas, citándonos á combate y provocándonos con jactancias y denuestos, en medio de una feroz algarabía de errores é insultos groseros, de burlas inícuas y de blasfemias repugnantes. Por contera tienen un plan perfectamente conocido, á pesar de que para engañar bobos y sincerar su conducta, lo mal encubren con un antifaz grosero.

¿Qué hacemos entretanto los católicos? Permanecer cruzados de brazos y sin plan alguno que nos permita ponernos en condiciones de defensa. Si no tuviésemos fe en la eficacia de la verdad para triunfar en la dura prueba del insidioso error, si no creyésemos con toda el alma en la verdad de la divina promesa de que «las puertas del infierno no prevalecerán», era cosa de desesperarse al contemplar nuestra calma.

Bien está que creamos y esperemos, pero en movimiento,

obrando, cooperando con nuestros actos al triunfo de la verdad, convirtiéndonos en soldados de la fe, sirviendo de voluntarios instrumentos á la acción de la Providencia. No importa que seamos muchos; lo esencial, lo absolutamente necesario, es que seamos buenos, decididos, probados; bastó el puñado de hombres de Gedeón para derrotar á los filisteos.

A prepararse, pues, pronto, cuanto antes, con urgencia, según hemos dicho y de conformidad con el deseo expresado por varios excelentes colegas católicos. Desechemos pueriles temores y ciertas prudencias que quizá son horribles cobardías.

Los cobardes, los pusilánimes, los cómodos y muelles de voluntad, no pueden formar en el ejército de cruzados de Cristo, deben desecharse como impedimenta, esperando confiadamente los acontecimientos, porque *si Deus pro nobis, ¿quis contra nos?».—(La Constancia,* 12 de Agosto).

—«Ya no caben componendas ni prudencias cobardes. Pasó la época de los paños calientes y de los paliativos. Se nos provoca á la lucha, y á la lucha nos vamos. Y que se nos provoca no cabe dudarlo ni un momento. Se nos provoca práctica y teóricamente.

Se incita á las masas para que *prácticamente* vayan contra la reacción.

Se incita á la opinión para que se rebele contra el actual estado de cosas, y concluya con el clericalismo. Es decir, que lo que aquí se quiere es una revolución.

Perfectamente bien: ¿se quiere luchar? ¿se quiere sangre? Dispuestos estamos á verterla toda por defender nuestra fe y nuestros templos.

¿Se quiere poner á prueba nuestra mansedumbre tantas veces invocada? Prometemos que saldrá mal de la prueba.

Porque ya estamos cargados, oprimidos con tal saña, que sentimos nuestro corazón henchido de ardor y nuestros brazos dispuestos á moverse.

Venga, venga esa revolución que se nos anuncia; venga esa ocasión *práctica* de vernos las caras.

Venga, que no huiremos. Con la Cruz por bandera, con el liberalismo por sustento, no tememos á esas masas anticlericales.

Moriremos; morirá esta generación envuelta entre la sangre del combate; pero de esa misma sangre saldrán soldados nuevos hasta vencer.

Sí, hasta vencer, porque *Dios está con nosotros».—(La Cruz*, de Bilbao, 9 de Agosto).

—«Doloroso es que los buenos tengan que andar armados; mas los hechos demuestran con qué genero de canalla tienen

que habérselas. Pero, por lo demás, ¿la ley no provee á la defensa de los hombres de bien, concediéndoles en todos los países civilizados el uso de armas? ¿Y esta concesión no significa que quien no quiera dejarse matar tiene pleno derecho y acaso obligación de hacer uso de las armas? De otro modo, ¿á qué vendría á reducirse esta disposición legal? ¿De dónde puede ya sacarse que está prohibida la propia defensa *cum moderamine inculpatae tutelae?»*.—*(La Civilta Cattolica,* de 3 Agosto).

—«El famoso Obispo monseñor Mermillod, aquella figura de apóstol que dejó tan buenos recuerdos como orador, escritor y propagandista, al despedir á una peregrinación en 1888 les decía:—«Os parecéis muchos católicos á los sauces llorones; inclináis la cabeza gimiendo sobre todos los males de que os constituís esencialmente en testigos contristados. Creedme: gemid menos y obrad más; dad tregua á las lágrimas para aplicar las manos á las obras. Llorando se mantienen paralizadas fuerzas que debieran ponerse en ejercicio. Meditad sobre estas palabras del Eclesiástico: «*La tristeza no es buena para nada*».

Claro está. Con lamentos estériles y con lágrimas que á nada práctico conducen, no se conseguirá nunca la regeneración de esta patria infortunada ni se irá á ninguna parte. Lo que se quiere es acción. Estamos en unos días en que es necesario obrar y obrar valerosa y enérgicamente.

Es menester que los católicos nos persuadamos de que si la prudencia es una virtud, virtud es también la fortaleza, y ésta no está reñida con aquélla, antes bien, se hermanan y se completan.

A la canalla impía, que sólo satisface sus instintos de bestia con carne de católicos, no hay que irle con lágrimas ni con lamentaciones, sino con la virilidad y la energía del que sabe responder valientemente á la fuerza con la fuerza en defensa de legítimos y sagrados derechos.

Es evidente de toda evidencia que si los buenos contestasen como se debe á los atropellos y salvajadas de los impíos, éstos no se atreverían á continuar su infame campaña.

Obras y no lágrimas es lo que hace falta para dar la batalla al enemigo».—*(Varios periódicos)*.

Providencialismo.

«Premios á la virtud liberal.

Años 1833 á 1840.—¡Viva la libertad! ¡Viva laC onstitución! ¡Abajo los curas! ¡Mueran los frailes!—*PREMIO.*—Cólera morbo y siete años de guerra civil.

1854 á 1856.—¡Viva la libertad! ¡Viva la República! ¡Viva la Reforma! ¡Abajo los curas y frailes!—*PREMIO.*- Otros dos años de cólera y otros dos de asonadas y motines.

»*1865 á 1867.*—¡Viva la libertad! ¡Viva Prim! ¡Viva la República! ¡Mueran los Obispos neos!—*PREMIO.*—El cólera otra vez en casa.

1868 á 1874.—¡Viva la libertad! ¡Viva Hohenzollern! ¡Viva Amadeo de Saboya! ¡Viva la República democrática! ¡Viva la internacional! ¡Viva el cantonalismo! ¡Viva la soberanía del pueblo! ¡Abajo Dios! ¡Mueran los frailes!—*PREMIO.* —La fiebre amarilla, la segunda guerra civil, el bombardeo de Valencia, el bombardeo de Cartagena, sublevaciones, secuestros, robos, anarquía y su chispacito de cólera morbo asiático para conservar la simiente.

1898 á 1900.—¡Viva la integridad de la Patria! ¡Abajo los traidores! ¡Abajo las peregrinaciones católicas! ¡Abajo las placas del Corazón de Jesús! ¡Mueran los Jesuitas! ¡Viva la libertad!—*PREMIO.*—Dos guerras sangrientas, pérdida de Cuba, pérdida de Puerto-Rico, pérdida de Filipinas, pérdida de nuestras escuadras, pérdida de nuestra vergüenza. Trancazo, peste bubónica dentro de la península, ruína general.

1901.—¡*Electra* libre! ¡Mueran los Jesuitas! ¡Mueran los frailes! ¡Abajo las Ordenes religiosas! ¡Viva la democracia! ¡Viva la República! ¡Abajo el culto católico externo! ¡Abajo procesiones, jubileos y hasta la asistencia libre á los templos! ¡Guerra á la enseñanza religiosa y, bajo el pretexto de clericalismo y fanatismo, guerra á todo lo que se roce con la verdadera Religión!—*PREMIO.*—Aguardémoslo; está en puertas y debe ser gordo.—X. Y. Z.»—*(Varios periódicos).*

Preparémonos.

«Hace cuatro años un extranjero muy principal, y persona distinguidísima, recorrió varias provincias de nuestra patria, observando y estudiando las costumbres de nuestro pueblo. Cuando regresó á su país, le preguntaron sus amigos qué impresiones traía de su escursión por España. Contestó:

«Es un pueblo de blasfemos y renegadores, es un pueblo que trabaja en las fiestas, como si allí no estuviese vigente la ley de Dios. Es un pueblo que por su apostasía, va rápidamente al salvajismo. Yo he visto y he oído con espanto lo que allí pasa y se dice contra Dios, contra la Hostia consagrada, contra la Virgen y contra todo lo más santo de nuestra divina Religión. Aguardad, que no se harán esperar tremendos castigos: Yo tengo fe en la Providencia y en su justicia, añadió;

creo en el supremo dominio de Dios sobre los hombres y sobre todos los acontecimientos; sé que «Dios es paciente porque es eterno»; pero las naciones que, como España, permiten que sus hijos se encaren contra el Omnipotente, y le escupan las horripilantes blasfemias que allá he oído, han de recibir pronto la paga que tales atrocidades merecen. Aquello es un reto continuo á la divinidad, una provocación estúpida é infernal al Criador de cielos y tierra».

Y las profecías del extranjero se han cumplido ya en gran parte; las venganzas divinas se han patentizado formidables, y es de temer que si nuestro pueblo no se corrige, mayores han de venir todavía.»—(*El Restaurador*).

—«Dónde iremos á parar, Dios lo sabe. Pero si la nave social no recoge velas, irá avanzando el progreso de los grandes crímenes, y sentiremos menudear los tiros y las puñaladas á los poderosos y á los pequeños. Y así se irán precipitando en los abismos las generaciones, que pasarán á la eternidad con el hierro ó el plomo anarquista clavado en ese corazón, de donde huyeron las santas creencias y los hermosos amores».—*(El Correo Español).*

—«No somos pesimistas. Nos parece hasta de mal gusto la cantinela de que «todo está perdido», de que *nulla est redemptio,* de que «España va de tumbo en tumbo, y ya muy cerca del abismo que ha de tragársela». Huímos instintivamente de los hombres lúgubres que no profetizan más que catástrofes. ...Pero ¡ay! que no podemos sustraernos siempre á la dolorosa impresión que nos producen síntomas alarmantísimos que, no hay que dudarlo, son de próxima y, en la apariencia al menos, de inevitable disolución nacional».—*(El Universo).*

—«Jamás ha condenado Dios á la opresión y al envilecimiento á todo un pueblo, sin que éste provocase antes la ira divina con sus vicios y maldades. ¿Se nos oprime ahora? Creednos, estábamos corrompidos; por eso el azote de Dios ha caído sobre el pueblo, y ha estallado hasta en el silencio de los claustros. Vistámonos de cilicio, humillemos nuestra frente delante de Dios; pero al volverlas á nuestros opresores, no la humillemos, alcémosla, al contrario, con noble intrepidez, porque ellos son, no somos nosotros, los que ahora deben temblar.»—(Aparisi Guijarro.—*Varios periódicos).*

—«El liberalismo hará el último esfuerzo para conservar su poder, comprendiendo que la batalla que ha de librarse es decisiva, y que del éxito que alcance depende su vida ó su muerte. ¿Cómo ha de consentir el infierno que el espíritu cristiano en toda su extensión y en toda su fuerza se aplique á las instituciones todas de España?

Mas sobre el infierno está el cielo; sobre el demonio, Dios; sobre las maquinaciones del tiempo, los altos planes de la eternidad. Y cuando en el reloj de las eternidades haya sonado la hora de la misericordia divina, las montañas se allanarán al paso de la bandera católica».—*(El Triunfo).*

—«Nuestro excelente compañero en la prensa *El Siglo Futuro*, inserta un hemoso artículo firmado por el notable escritor y redactor de dicho periódico Sr. Botella, excitando á los católicos españoles á trabajar, realizando propagandas en pro de las ideas católicas, utilizando para ello todos los recursos legales, con el objeto de levantar los ánimos desmayados y abatidos de los católicos, reavivar el entusiasmo, mediante la fe, que vive amortiguada entre el rescoldo de nuestras egoístas pasiones.

Es necesario para ello que los católicos despierten, penetrándose bien del peligro, y que sacudiendo su apatía y egoismo, se determinen á obrar. No basta no hacer, quedándose en casa tranquilamente y presenciando la marcha de los acontecimientos; es necesario hacer, obrar, dar la cara en defensa de la religión, dejando las comodidades del hogar, para formar en las filas de los cruzados del ejército de Cristo.

Pertenecemos á la Iglesia militante, y cada uno de los católicos es un soldado, que se halla obligado á sacrificar hasta su propia vida en defensa de su bandera. El que no se halle dispuesto á cumplir con este deber, es indigno de llevar el nombre de cristiano, un desertor del ejército del Cristo. No sólo son pecaminosas las malas acciones; además de los pecados de comisión, los hay de omisión».—*(La Constancia).*

—«*La paz sea con vosotros;* así saludaba Jesús á los apóstoles, y esta es la frase más repetida por los cristianos hasta hoy: *pax vobis.* Y, sin embargo, Cristo hablando de las persecuciones, decía á sus discípulos: *Nolite terreri, oportet hæc fieri.* No queráis temer; conviene que así suceda.

Ahora bien: ¿por qué nos convendrán las persecuciones? Nos convienen, en primer lugar, porque la historia nos enseña que tras las más terribles persecuciones, la reacción no se ha hecho de esperar. La persecución de Diocleciano nos trajo á Constantino; la de Juliano el Apóstata, á Teodosio; tras los bárbaros, vinieron Recaredo y Carlo-Magno, y las últimas blasfemias de Lutero nos anunciaron la aparición en la Iglesia de la Compañía de Jesús.

Además, las persecuciones convienen principalmente para sanear la atmósfera moral de la Iglesia».—*(El Obrero Setabense).*

(Luz Católica, núm. 54=10 Octubre 1901).

II

Estamos empezando.

Lo que nos reserva el porvenir.

«Si los católicos no pensaran en formar Ligas, ni en celebrar Jubileos, ni en la colocación de placas del Corazón de Jesús, ni en elecciones, y se concretaran á estar quietos en sus casas y á rezar en los templos, nadie les molestaría ni se metería con ellos», ha dicho un periódico sectario.

¡Es todo cuanto se puede decir en nombre de la libertad! Y de hecho, si nos cruzamos de brazos y no oponemos la resistencia que el derecho nos concede, llegará el día en que nos veremos perseguidos por sólo ir á la Iglesia, por profesar la Religión católica, y ni en casa ni en el templo se nos dejará tranquilos, como nos lo dicen. ¡Oh malaventurados tiempos!» —*(Semana Católica de Madrid).*

—«Y así, mientras las manifestaciones republicano-revolucionarias se permiten, y se prohiben por los gobiernos actuales las manifestaciones del culto católico, ¿qué podemos esperar? ¿qué es lo que viene?

La revolución, revolución de corte trágico, como dice Costa, revolución espantosa y temible, como presienten todos». —*(Varios periódicos).*

—«¿Se viene el cielo abajo?. Lo parece, según son de formidables los rugidos que lanzan las hienas anárquicas, anticlericales, socialistas y demás alimañas de la selva humana.

Se ha observado que las fieras del desierto presienten las tempestades, y antes que éstas se desencadenen se agitan desusadamente; dan horribles alaridos y se precipitan de un lado á otro, presas de un pánico instintivo.

La excitación reinante entre los elementos de la *España salvaje,* los rugidos, los bramidos, los rebuznos, las coces, los corcovos, las cabriolas, las carreras y los saltos de los animales que más se parecen al hombre (de esos animales que nacen, viven y crecen entre nosotros, y para los cuales toda España es selva), denuncian infaliblemente la proximidad de alguna formidable tormenta.

¿Qué quieren, qué piden, á dónde van tantas muchedumbres de fieras? A punto fijo ni ellas mismas lo saben. Se con-

ciertan obedeciendo á impulsos que ignoran tal vez de dónde parten. Se lanzan por las veredas y encrucijadas, ahullando por fuerza del instinto. Tienen hambre quizá.

Por si acaso, hay quien cuida de arrojarles al paso cebo apetitoso; solomillo de fraile, burgueses trufados y guardia civil en salsa. ¡Oh! ¡Cómo se sacian las fieras!

Detrás de esas dentelladas ¿qué va á venir? Los bárbaros del Norte. Las turbas anárquicas que Lerroux amaestra en Barcelona; los hunos que Blasco Ibáñez tiene en conserva en Valencia; los salvajes que de los cuatro puntos cardinales están esperando la hora de lanzarse al universal exterminio.

Irremisiblemente viene la tempestad. Las señales son inequívocas».—*(El Ebro).*

El gran peligro.

«Si el descreimiento se generaliza entre los soldados lo mismo que entre los obreros; si la revolución va reclutando adeptos en los cuarteles al par que en las fábricas; si por el socialismo hacen causa común los que empuñan el arado y la piqueta y los que manejan el fusil y el cañón, ¿cuál es la suerte que está reservada á nuestra sociedad, que carece de fuerza moral y sólo se sustenta sobre el férreo pedestal de la fuerza armada? ¿Qué terrible hecatombe se desarrollará el día en que los soldados se pongan del lado de sus camaradas los obreros y enfrente de un poder odiado por todos igualmente?

¡Ay! ¡cuán terrible responsabilidad la de aquellos que han descristianizado al pueblo! Le han robado la fe, le han dicho que es rey y dios, y poco importa que al pueblo se le llame rey, y hasta se le llame dios, si no tiene ningún reino en la tierra y se le ha quitado la esperanza de poseer el del cielo.

Entonces me vino á la memoria lo que yo leía en un excelente libro de texto cuando cursaba los primeros años de mi carrera.

«¿Qué ha de hacer este rey sin fe, cubierto con andrajoso manto y con un cetro de caña? ¿Se contentará con políticas herodianas, con disposiciones pilatescas y con el *ave rex* de sus aduladores?

»Sentadas ciertas premisas, él tiene la fuerza de la lógica; atendiendo al número, él tiene la lógica de la fuerza. Encendidas en las clases populares todas sus concupiscencias, no invoquéis la palabra *orden,* que es un sarcasmo para gentes sin pan y sin creencias.

»¡Ay del día en que se rompa ese equilibrio convencional y mecánico que produce esta paz eterna! ¡Ay del día en que

las muchedumbres ateas se den el abrazo con ejércitos descreidos!...

»Vendrá, si Dios no lo remedia, la liquidación social y el *Dies irae* de las naciones, porque si para las colectividades no hay infierno, el infierno vendrá aquí para los pueblos».

¿Estará próximo ese día? ¿Seremos pronto testigos de ese inmenso trastorno social? Los hechos nos inclinan á creer que sí».—*(El Triunfo).*

—«Los católicos oportunistas que se escandalizan de todas las manifestaciones públicas de la vida católica, se forjaron la ilusión de que, pasado el hervor de las pasiones políticas, volverían las aguas á sus antiguos cauces y continuaría la tranquilidad material necesaria para vivir sin sobresaltos y poder asistir á Misa los días de precepto *(si no sale algún inconveniente),* sin perjuicio de asistir cada día á los espectáculos en que se alimentan las más desenfrenadas pasiones. Pero los sucesos han venido á turbar la olímpica beatitud de los felices según el mundo.

Y no puede menos de ser así. Esta sociedad ha perdido el sentido moral. Cuando un emperador que tiene á sus órdenes casi un millón de bayonetas, no puede vivir tranquilo por el miedo, otro emperador más poderoso sale de su país para estrechar las manos de los que sustentan los principios que conducen lógicamente al regicidio. Así no es extraño que un tribunal de justicia de ese país vecino, imponga una pequeña multa á dos periodistas que mientras esos poderosos se abrazaban, ellos predicaban en crudo el regicidio, el asesinato, el robo y el pillaje.

¡Adelante! Medio siglo atrás se nos quería engañar diciendo que libertad era la facultad de hacer lo que se quiere sin dañar á nadie; hoy ya se acaba de borrar la última limitación, porque si se pueden violar los derechos de Dios, más se podrá negar los derechos del hombre. Y si se borraban entonces de una plumada los tres primeros preceptos del decálogo, ¿por qué no se han de borrar ahora los otros siete? Si es lícito blasfemar del Criador, ¿por qué no ha de serlo el matar y el robar, ó el ultrajar la mujer del prójimo? Adelante, pues, que guiados por esta borrachera de libertad, no hemos de parar hasta la libertad de las bestias salvajes del desierto».—*(Hoja Dominical).*

—«Se apresuran los tiempos, y á su precipitado empuje se divide la sociedad en dos grandes ejércitos: el ejército revolucionario y el ejército de la Cruz. El primero tiene caudillo, disciplina y ardor; el segundo está desorganizado, carece de disciplina y no mueve sus miembros con desembarazo por

las ataduras, finas y suaves, sí, pero ataduras al fin, de prudencia y mal menor.

Es un error gravísimo el despreciar la Historia, queriendo conquistar la verdad con arma diferente á la que manejaron siempre los mártires delante de los procónsules. La política de Cristo triunfó en el mundo por las imprudencias de los cristianos que, como San Sebastián y otros, preferían perder la vida á condescender con el error.

¡Bendita imprudencia la de aquella época, que, uniendo á los cristianos como hermanos en la tierra, les servía para su glorificación en el Cielo! ¡Maldita prudencia la de estos menguados tiempos en que, dividiendo á los buenos, prepara los caminos para el reinado de Satanás.

Mas ¿qué decimos de preparar los caminos? En Valencia ha triunfado ya en toda la línea. Los concejales elegidos para representarnos son en su inmensa mayoría *anticlericales*, algún fusionista, ningún conservador y dos carlistas.

¡Desdichada prudencia que no se atreve á combatir á los que no aceptan los mandatos del Papa y los Obispos respecto á la unión, tan deseada hoy día!»—(*La Libertad*, de Valencia).

¡Ya es hora!

«Con promesas que tienen de verdaderas lo que puede tener el jefe de todos los liberales, que es el mismo Lucifer, padre de la mentira; con protestas de que los hombres y partidos del turno no van contra la Religión católica, antes por el contrario, son celosos defensores de sus prerrogativas, y si dejan aullar á la fiera revolucionaria, es por evitar mayores males y por puro amor á la Religión; con ese sistema de corrupción en alta escala que tiene sus agentes en todas partes, desde los más altos palacios hasta los más bajos juzgados municipales y alcaldías de barrio, el liberalismo ha ido engañando, conquistando, unciendo á su carro de muerte á muchos incautos, á muchos desdichados y á muchos que querían ser engañados y que forman el menguado ejército de los Judas, apóstatas y traidores. Y así vive y medra entre sombras, prometiendo lo que no ha de cumplir; mintiendo con la desaprensión del que considera los Mandamientos de la ley de Dios cosa anticuada y *clericalismo* puro, contrario al progreso moderno; corrompiendo, con el fin de sellar bocas que debían estar abiertas para denunciar sus crímenes y torpezas. Y así muere España, y así se va perdiendo la fe, y así se enseñorean de nuestra sociedad el escándalo con título de adelanto y la hipocresía con título de prudencia.

Hora es ya de que comience el principio del fin, y que á esta guerra de emboscadas suceda la guerra franca que la Iglesia jamás temió y de la cual tan nobilísimos ejemplos nos legaron nuestros antepasados».—*(El Siglo Futuro)*.

—«Corre peligro la religión de nuestros padres. En peligro se halla ya nuestra fe, nuestra patria, nuestro hogar, nuestras esposas y nuestros hijos. Un siglo ha que vienen siendo atacados furiosamente nuestros sentimientos religiosos y nuestro amor á la patria. Enemigos de fuera nos lanzan sus balas de impiedad, ateísmo é incredulidad.

Así es que ha llegado el momento y es deber de conciencia que todo el que se precie de católico y de español ocupe su puesto en la muralla.

Levanten la cruz los capitanes, que las espadas no faltarán á su defensa. Aun hay fe en el pueblo español y, gracias á Dios, aun hay adalides generosos, que con santa libertad salgan al campo á batir la impiedad y á vencerla hasta en sus últimos atrincheramientos.

No, no y mil veces no; no seamos cobardes, ni con nuestro silencio, ni con nuestras obras, para no tener que exclamar algún día y en apretado trance como Isaías: *Vae mihi, quia tacui*! ¡Ay de mí, porque callé!»—*(Ausetania)*.

(*Luz Católica*, núm. 60=21 Noviembre 1901).

El principio del fin.

«Nuestra inacción y nuestras discordias han dado grandes ventajas al enemigo. Hemos tolerado todo género de traducciones del francés, desde las de Reclus y Zola hasta el decreto de Combes contra la enseñanza del Catecismo en dialecto bretón. Somos ya los parias de la libertad y las víctimas de un despotismo que se nos atribuía á nosotros, cuando los déspotas de hoy se creían siervos de ayer porque no ostentaban grandes cruces ni uniformes de ministros, ni collares de piedras preciosas en las gargantas de sus mujeres. ¿Podíamos continuar así, sin que nos hiciéramos dignos de semejantes ultrajes? ¿Ibamos á renunciar hasta el derecho de salir á la luz del día á defender nuestra fe y nuestro hogar, y á llamar por su nombre á los que están explotando la mentira? No: estamos, como ellos, en medio de la plaza. *Se renuevan los gloriosos combates de otros tiempos*. ¡Sea Dios bendito, y que esto perdone, que podamos decir con Montalembert: *¡Hijos de Voltaire, paso á los hijos de los Cruzados!*»—*(El Universo*, 14 Diciembre).

—«Un insigne escritor contemporáneo, gloria de la prensa

católica, acaba de pronunciar una palabra inspirada; ante las ruinas producidas por la persecución sectaria, eleva el corazón á lo alto, y con una firmeza que sólo se halla en la esperanza cristiana, exclama, lleno de confianza, *mirando á lo porvenir:*

«¡Dejemos á los muertos enterrar á sus muertos! *El árbol cruje y se viene abajo y ninguna mano humana puede ya gran cosa.* Pero á sus pies retoñará la rama incansable, que es la vida misma de la Iglesia, la vida siempre potente, desdeñosa de su marco, yerba tenaz que se endereza bajo los pies de aquellos que la pisan y creen destruirla... y brota en verdes oleadas por entre las grietas de las ruinas... que orla de esperanzas los sudarios tegidos por el odio y florece con brotes primaverales en torno de los trozos de las columnas rotas! El pasado es el pasado... Para nosotros, es el *mañana* el que es preciso prevenir y preparar... *Mañana*, esta es nuestra palabra de orden... nuestra consigna!

Ser católicos, pero católicos *de veras*, como aquellos de las catatumbas; entonces seremos fuertes, invencibles, tendrá influencia nuesta oración, y eficacacia nuestro trabajo; conquistaremos fácilmente el terreno perdido y caerán hechos pedazos á nuestros pies los ídolos modernos... entonces ese *mañana* se convertirá en un *hoy* victorioso y feliz. Aquel grupo de cristianos que se formó al pie del Calvario, no tenía preponderancia, ni talento, ni fuerza, ni poder, ni soldados, ni influencia política; y sin embargo, conquistaron el mundo para Cristo; y todo su poder consistía en una sola cosa: eran cristianos de veras...»—(*El Ancora* de Pontevedra, 11 Diciembre).

—«Oyese ya cercano el siniestro rumor de la tempestad que en próximo día estallará furibunda sobre nuestras cabezas; viene la subversión general, viene el cataclismo europeo, y si España ha de continuar siendo España, es menester que en ella se cumpla la ley histórica tantas veces cumplida; ley inexorable, que cien acontecimientos pasados nos demuestran establecida por la Providencia, y es que el primer paciente y el principal agente en los grandes trastornos y restauraciones de Europa, es España, España que, como los humildes del Evangelio, tanto á mayor altura se levanta cuando está más abatida.

La Patria, víctima de tiranos mil en todos los órdenes, está á punto de sucumbir y con gritos desgarradores nos pide que la salvemos. Aprestémonos á salvarla, cruzados de la Tradición, aprestémonos á salvarla, porque se acerca la hora suprema de librar la tremenda batalla con nuestros eternos enemigos, los *imitadores de Lucifer.* Esa hora la presienten todos, incluso nuestros enemigos: apenas hallaréis un perió-

dico que no la anuncie, porque todos saben que, tantos elementos de muerte aglomerados en esta desgraciada Patria, la muerte han de producir y no la vida, si los hijos de la Tradición no los barren á tiempo.

Tiene la historia su filosofía providencial, y las leyes de esa filosofía establecen, en sentir de cuantos fiiosofan católicamente, que los vientos sembrados ahora nos darán la tempestad muy pronto, y estos polvos traerán lodos mortíferos, como los soldados de la Tradición no aventen oportunamen te los polvos de la tiranía y detengan los vientos de la revolución».—*(La Lucha*, 20 de Diciembre).

—«El Sr. Canalejas no quiere negociaciones con Roma, sino que las Cortes legislen y el gobierno decrete sobre institutos religiosos y sobre dotaciones de culto y clero, sin avisarlo siquiera á la Santa Sede; á esto es á lo que en el lenguaje del nuevo partido radical se llama *supremacía ó independencia del Poder civil.*

Y á eso tienden muchos, muchísimos que todavía no se han declarado por Canalejas; y para proceder gradualmente, empiezan por llenar de vituperios y amenazas al gobierno silvelista porque no procede descaradamente contra la Iglesia; y en parte tienen razón, pues más vale tener cien enemigos francos que uno solapado. *El Liberal*, por ejemplo, recordando las palabras de Maura en solemne y reciente sesión parlamentaria, dispara todos sus cañones á la vez, y dice:

«O convocar en seguida un nuevo parlamento, ó inaugurar desde la *Gaceta* la revolución de arriba abajo que consideraron necesaria para evitar la revolución de abajo arriba. Si vacilan en cumplirla, caerán ó se dispersarán antes de verificarse las elecciones. Y su fracaso, igual por lo ignominioso, será, por lo accidentado y revuelto, infinitamente peor que el de los fusionistas».

Por otro lado, dice nuestro querido compañero *El Siglo Futuro:*

«Parece haberse confirmado por el propio cosechero la noticia de que el Sr. Sagasta proyecta retirarse de la vida política. Y parece seguro que si el Sr. Sagasta se corta la coleta, sobrevendrá la liquidación del fusionismo. No falta quien complete las anteriores noticias añadiendo que el Sr. Silvela, segundo puntal del presente edificio político, se vendrá necesariamente abajo en cuanto falte el primero, y que con la liquidación del fusionismo coincidirá la del liberalismo conservador».

Como quiera que sobrevenga la cosa, ello es que todo esto se acaba y que el trono de Don Alfonso tambalea. Canalejas lo prevé, y se prepara para recoger la herencia de los

impíos. Disueltos los partidos turnantes, irremediablemente viene Canalejas al frente de una república masónica».—(*La Libertad*, 20 Diciembre).

(*Luz Católica*, núm. 116=18 Diciembre 1902).

III

La ola sube.

Viene la República.

Luz Católica fué el primer periódico católico que predijo la preponderancia de Canalejas (ahora accidentalmente callado porque así conviene á la masonería) de que un colega acaba de hablarnos, así como en anunciar otras muchas cosas que ahora todos repiten. Nuestra humilde revista dió el santo y seña, y por más que se la haya despreciado, á ella vienen á parar todos. Casi tres años hace ya que decíamos en el núm. 14 de dicha Revista:

«En España mismo vamos empujados á una república impía, cuya aparición será como la señal definitiva del desquiciamiento de las naciones. Dúdelo quien quiera, yo le aseguro que pronto lo verá si vive, aunque las apariencias le induzcan hoy á tenerme por iluso. Y si no temiera decir demasiado á quienes no me han de creer, quizá pronunciaría el nombre funesto del llamado á ser presidente: *la masonería está actualmente empeñada en hacerlo glorioso*».

Después lo repetimos cuantas veces fué menester, y más de cuatro miopes lo tomaron á chacota: ahora lo ven todos... Pero continuemos con los periodistas.

A los precedentes recortes, recogidos por *Luz Católica* como al descuido, porque sólo poníamos los que buenamente nos venían á la mano, sin empeño en reunir los centenares ó millares que hacían al caso, añadimos aquí algunos posteriores, de más actualidad y no menos notables que los anteriores. Tampoco los hemos buscado de intento: á mano los teníamos, y no necesitamos de otros, porque son un compendio fiel de lo que dice toda la prensa sensata.

Empecemos por los que atañen á la República, que son una mera confirmación de lo dicho por *Luz Católica* cuando nadie lo sospechaba:

—«Corren malos tiempos. Pronto, sin embargo, cambiarán, pues si los hombres no somos lógicos, Dios sí que lo es, y hace que quien sembra vientos coja tempestades. La república socialista llama á la puerta; los que apoyaban al Sr. Sagasta andan ya del brazo con el Sr. Canalejas; el antiguo fusionismo unido al moderno anticlericalismo, si es que alguna vez vivieron separados, con pasar un corto puente podrá dar el ansiado golpe á las órdenes religiosas, á la libertad de la enseñanza católica y á cuanto hoy constituye el último baluarte de la fe de nuestros hijos que el enemigo trata de asaltar á viva fuerza».—(*La Lectura Popular*, 1 Julio 1903).

Con motivo de la crisis ministerial motivada en el último gabinete Silvela por la salida del Sr. Villaverde, decía *El Universo:*

«No es hoy por hoy improbable que á la salida del señor Villaverde sigan muy pronto otras de indudable significación, y no será un visionario el que vea, de seguir así los cosas, al digno y respetable general Azcárraga marchando otra vez hacia el palacio de la Presidencia á llenar otro paréntesis forzoso de la política. Y ¿después? ¡Sólo Dios sabe lo que podría acontecer!

A los republicanos cogen estas cosas en los primeros fervores de su recién formada unión. Es natural, es lógico que pretendan dar fe de su existencia, y nadie puede dudar de que *para promover agitaciones les sobran fuerzas. Con ellas se sumarán las de Canalejas,* y *el peso de la Prensa de gran circulación no es dudoso tampoco que caerá hacia ese lado*. Todo, en suma, indica que hay peligro de ir á un período de verdadera y gran confusión; á una crisis profunda en la que padecerían, como de costumbre, la Iglesia y la patria».—(31 Marzo 1903).

Esta vez sí que se acreditó el colega de ser redactado por «periodistas adivinadores». A la salida de Villaverde han seguido otras de tanta significación como supone el gabinete silvelista en masa, y el mismo Villaverde fué encargado de formar el actual.

La prensa de gran circulación se inclina ya al lado republicano, como previó el colega; y tanto se inclina, que no parece probable ya la subida del ge-